

LA IMAGEN DEL ENEMIGO Y LA NUEVA MENTALIDAD POLITICA

ANDREI MELVILLE

Doctor en Filosofía, es Jefe de Sección del Instituto de EE.UU. y Canadá de la Academia de Ciencias de la URSS. El presente artículo, que se reproduce en versión abreviada, fue publicado en la revista "EE.UU.: Economía, política, Ideología"

Nota de la Redacción

"Las guerras nacen primero en la mente de la gente, por eso en la conciencia hay que arraigar la idea de la defensa de la paz —se dice en la Carta de la UNESCO—. La incompreensión recíproca ha sido en el transcurso de toda la historia de la humanidad la causa de desconfianza y recelo entre los pueblos, como consecuencia de lo cual sus diferencias con demasiada frecuencia han desembocado en la guerra". Y, en verdad, la incompreensión recíproca y la tensión, la desconfianza y la hostilidad fueron, con raras excepciones, acompañantes permanentes de las relaciones entre los Estados y los pueblos. El precio que la humanidad tuvo que pagar por ello siempre fue elevado, pero hoy en día, en la época nuclear, se vuelve sencillamente exorbitante.

La "imagen del enemigo" fue tradicionalmente a lo largo de la historia uno de los componentes más importantes de la tensión internacional, los conflictos y las guerras. En esencia, toda la lógica del pensamiento político tradicional lleva a la formación de la sicología peculiar del homo hostilis, que a priori percibe el mundo como algo adverso, lleno de enemigos. Ese cuadro a todas luces paranoico del mundo se ve reforzado por la existencia de un doble patrón al evaluar las acciones propias y ajenas. Además, la conciencia del homo hostilis se encuentra bajo el signo de aquello que en sicología se llama disonancia cognoscitiva, cuando la "Imagen del enemigo" impele a realizar acciones a ciencia cierta insensatas e injustificables que, a su vez, se argumentan con el hecho de que al "enemigo" se le atribuyen intenciones aún más malévolas, como resultado de lo cual surge el círculo vicioso de la hostilidad.

La "imagen del enemigo" trae consigo toda una cadena de asociaciones y características, que se van llenando de un contenido concreto diferente en dependencia de unas y otras condiciones sociales e histórico-culturales. Pero, con todo, en diversas situaciones históricas y en diferentes sociedades y culturas la "imagen del enemigo" ad-

quiere algunos rasgos comunes. Independientemente del contexto histórico-cultural concreto (y esto se ve confirmado, en particular, por el abundante material reunido en la investigación de historia comparada "Faces of the Enemy").

Las caras del enemigo N.Y., 1986, del teórico de la cultura norteamericana S. Ke-en) al "enemigo" exterior con mayor frecuencia se lo percibe, en primer término como el "forastero", el "bárbaro" que amenaza a la cultura y la civilización; es la encarnación de la avidez, el enemigo de todo cuanto hay de sagrado; es cruel como una fiera, fanático y está dispuesto a engañar y cometer cualquier crimen; es el verdugo y el opresor, el portador de la muerte. Pero, además, es altamente previsor, perspicaz, sabe con exactitud lo que quiere e implacablemente se aproxima a su objetivo. La escalada de hostilidad tiene su peculiar lógica que lleva a una total deshumanización de la "imagen del enemigo", a privarlo de cualquier rasgo humano, de rostro humano. De allí que el "enemigo absoluto" sea prácticamente impersonal.

Es muy ilustrativo el que en muchos aspectos la "imagen del enemigo" sea antónima de valores e ideales propios que son proclamados con palabras altisonantes. Y cuanto más estos valores e ideales están penetrados de absolutismo ideológico y cuanto más lejos se encuentran ellos de la realidad, tanto mayor es la tentación de encontrar en la "imagen del enemigo" el chivo expiatorio, al jefe que se le pueda echar la culpa por el divorcio entre las palabras y los hechos. Esa monstruosa "imagen del enemigo" no sólo justifica una política peligrosa, sino que además, en virtud de su propia lógica, impone una línea política completamente determinada: la de la confrontación, el agudizamiento de la tensión y la hostilidad.

La "imagen del enemigo" bloquea la inteligencia y las capacidades de raciocinio del ser humano, provoca y refuerza tan sólo las emociones negativas. La sicología de la hostilidad lleva también a la formación de una moral política específica con una serie de principios conocidos: "Quien no está con nosotros, está contra nosotros", "Si el enemigo no se rinde hay que aniquilarlo", "Lo que es malo para el enemigo es bueno para nosotros", etc. La conducta hostil del adversario en este caso reafirma únicamente la "imagen del enemigo" asimilada por la conciencia. Sin embargo, también la aspiración del contrincante a llegar a un compromiso y su disposición a hacer concesiones se valoran tan sólo como artimañas suyas que confirman que con el enemigo únicamente se puede tratar desde posiciones de fuerza.

Como resultado, ninguna de las partes está en condiciones de controlar la conducta de la otra parte, ni tampoco su propia conducta, pues cada paso del adversario es evaluado como una provocación a la que es necesario reaccionar con toda energía. A final de cuentas, ambas partes terminan siendo rehenes de la propia lógica de la confrontación y de la escalada de hostilidades. Tal mentalidad política no es capaz de comprender la existencia de intereses comunes, de todo cuanto, de una u otra manera, puede unir a ambas partes.

La mentalidad subordinada a la sicología de la hostilidad es sorda a los criterios morales, en primer término a las normas morales universales, por cuanto tiene en su base el interés económico de grupo, que se lo quiere conseguir a cuenta de los demás. La mentalidad subordinada a la "imagen del enemigo" es engendrada y reforzada por la ignorancia. La "imagen del enemigo" es uno de los principales obstáculos en el camino hacia el diálogo y la comunicación. Excluye por completo la posibilidad de la coexistencia pacífica, pues la coexistencia con el "enemigo" es sencillamente imposible y moralmente perversa.

Por último, la "imagen del enemigo" no sólo es peligrosa para la estabilidad y la seguridad de las relaciones internacionales, sino que también lleva consigo consecuencias extremadamente negativas para la vida interna del país. Pues precisamente la historia provocada so pretexto de la amenaza externa se utiliza con mayor frecuencia para justificar el régimen de sigilo y desconfianza general, así como la política orientada a crear una sociedad "movilizada", alcanzar una unidad nacional artificial, desatar la caza de brujas para aplastar a los inconformes y desconocer los propios problemas internos.

CAUSAS DE LA IMAGEN

Surge un interrogante: ¿cuál es la causa de que exista la "imagen del enemigo"?
¿Por qué la mentalidad política tradicional es proclive a recurrir a este estereotipo?
¿Por qué tan a menudo se encuentra bajo su influencia?



Con frecuencia se oye hablar de la tesis del instinto de violencia y de guerra con el que la propia naturaleza habría dotado al hombre. Dicen, así mismo, que a la síquis del ser humano le es inherente, desde tiempos remotos, la capacidad de dividir todo en el mundo en "lo suyo" y "lo ajeno" ("lo malo" y "lo hostil").

Sin embargo, la "imagen del enemigo", sobre todo en aquella forma artificialmente ideologizada y moralizante en la que la conocemos hoy en día, no es tanto un rasgo congénito de la conciencia, cuanto, ante todo, un producto de su manipulación intencionada. Y esa manipulación, en primer término a través de los canales de comunicación masiva, es realizada por

aquellas fuerzas sociales y políticas que están interesadas directa, puede decirse, materialmente en el atizamiento de la tensión internacional y la continuación de la carrera armamentista, que justifica la existencia del enemigo exterior y de la amenaza exterior.

En lo que se refiere a los Estados Unidos de Norteamérica, allí esas fuerzas incluyen, ante todo, el establishment militar profesional, a los políticos que representan a las regiones donde se concentra la producción bélica y, por último, a la propia industria de guerra que, a cuenta de los pedidos militares, se asegura gigantescos beneficios. En estas filas se cuentan también los profesionales del anticomunismo y el antisovietismo, comprendidos los sectores académicos.

Pero, ¿marcha todo bien en este plano entre nosotros, en la URSS? ¿Acaso no recordamos nuestros propios carteles y caricaturas, nuestras exageraciones retóricas y simplificaciones, nuestra selectividad al escoger el enfoque para representar a la otra parte, esto y muchas otras cosas que echaban aceite en el fuego de las acusaciones, la desconfianza y la hostilidad recíprocas? Incluso ahora, en el período de la perestroika, nuestra información y prensa internacionales con frecuencia no pueden seguir los ritmos impetuosos de los cambios que tienen lugar en la vida de nuestra sociedad y en la conciencia social.

Pero dicho problema tiene también otro aspecto práctico: Fueron nuestros factores internos los que, en determinado sentido, contribuyeron a que en la conciencia de las masas norteamericanas la Unión Soviética adquiriera los contornos de la "imagen del enemigo". Aquí podemos mencionar la absolutización de las diferencias y contradicciones entre los dos sistemas sociales, y de manera correspondiente entre los países, los rudimentos ideológicos de la teoría de la "revolución mundial", la obsesión por el secretismo y la desconfianza que se elimina con dificultad, el pesado "monolitismo" del período de estancamiento.

Algunos acontecimientos reales de nuestra historia no pudieron menos que originar en los norteamericanos una percepción negativa de la Unión Soviética (desde las exageraciones en la colectivización, las "purgas" stalinistas y los excesos vinculados con las conocidas posiciones de Zhdanov en la esfera de la literatura y el arte, hasta la propensión primitiva a interpretar los derechos del hombre en los EE.UU. y el Occidente en su conjunto, exclusivamente entre comillas).

Ahora es interesante preguntarnos: ¿cómo habríamos reaccionado nosotros a todo esto si hubiésemos podido vernos desde afuera? Es poco probable que haya contribuido a la comprensión recíproca la retórica de nuestros jefes militares, que hablaban de una victoria en un posible conflicto con Occidente y, después eufemísticamente de un "golpe de respuesta demoledor" ¿Y acaso nuestros sociólogos ortodoxos, escurriéndose tras el blindaje de las citas, no dibujaban el mundo en tonos moralistas exaltados, como la arena de la lucha entre el "bien" y el "mal"?

Los medios de información de masas merecen un examen aparte. Por supuesto, cada sistema nacional de medios de comunicación tiene sus peculiaridades. Pero, si tenemos en cuenta la sociedad norteamericana, entonces, por lo visto, hay que hablar no sólo de la tendenciosidad ideológica y política, sino también de algunas particularidades de la prensa occidental en cuanto tal. La cuestión reside en que debido a su búsqueda de lo sensacional (y como dicen en los EE.UU. las malas noticias son algo sensacional) los medios de información están predispuestos a su manera para centrar la atención en la exageración de toda clase de escándalos, problemas y con-

tratiempos. De allí hay un paso a crear la imagen desfigurada de la otra parte representada y percibida en un espíritu hostil.

Pero, como es natural, los empeños dirigidos a inculcar en la opinión pública sentimientos de hostilidad hacia la otra parte aún no lo son todo. Al hablar de las premisas y los mecanismos de formación de la "imagen del enemigo", también es importante tomar en cuenta las tradiciones histórico-culturales nacionales, que originan en la conciencia de las masas determinado tipo de relaciones hacia el mundo exterior, hacia otros países y pueblos, una determinada percepción de todos aquellos con los que se tiene que tratar en la arena internacional. Algunas de estas tradiciones forman a su manera una peculiar predisposición a crear en la conciencia la "imagen del enemigo".

Nos referimos, ante todo, a las tradiciones de la exclusividad nacional y el mesianismo ideológico, a la propensión a considerarse como el líder indiscutible del resto del mundo y a ver en todos los que disienten a enemigos que se levantan en el camino de "la libertad y el progreso". Nos referimos así mismo a la intransigencia moralizante específica hacia todo cuanto se diferencia del propio modelo, y que impone la percepción del mundo circundante en la dimensión absoluta de la titánica lucha entre "el mal" y "el bien".

La influencia de las tradiciones histórico-culturales nacionales se refleja también en la forma peculiar de percibir su propia posición en el mundo real y, de manera correspondiente, la de otros países y pueblos con los que hay que tratar. Por ejemplo, se puede escuchar que los países que en el transcurso de su historia nacional con frecuencia estuvieron expuestos a incursiones enemigas, con el devenir del tiempo elaboran en ellos indefectiblemente una xenofobia casi específica, un sentimiento de desconfianza y un secretismo y hostilidad exorbitantes con respecto al mundo circundante. Pero, con igual fundamento se puede decir otra cosa: aquel a quien la historia le acostumbró al sentimiento de total seguridad, y por eso adquirió el complejo de superioridad, infalibilidad e invulnerabilidad, resulta en grado sumo proclive a tener reacciones histéricas y atizar todos los miedos posibles so pretexto de la "amenaza" exterior y las aritmáticas de los "enemigos externos".

Las nociones acerca del "enemigo externo" resultan ser particularmente variables en caso de que hayan exorbitantes ambiciones e ilusiones respecto a la propia superioridad y la perfección moral. Bajo la rúbrica de "enemigo absoluto" se pone alternativamente a todos aquellos con los que surgieron problemas y conflictos, independientemente de quienes hayan sido sus instigadores e iniciadores. En el transcurso de la historia norteamericana fueron, por turno, los pieles rojas, los españoles, los mexicanos, los alemanes, los japoneses, los chinos, los coreanos, los vietnamitas, los iraníes, los libios y, por supuesto, los rusos, que durante los últimos decenios casi sin excepción liderean esta lista.

A la cual se suma la circunstancia de que precisamente el componente ideológico sirve con frecuencia de fermento principal, de una especie de catalizador de la hostilidad. Esto se ve muy bien en el ejemplo de las nociones que tienen los norteamericanos de la Unión Soviética y de los rusos. Así, unas recientes encuestas de opinión demostraron que entre las primeras asociaciones que provoca la palabra "rusos", los norteamericanos mencionan las siguientes: "comunismo", "enemigos", guerra nuclear", "agresión", "intervención", "dominio mundial", etc.

Las divergencias ideológicas como premisas para crear y mantener la "imagen del enemigo" adquiere particular significado cuando la noción del "enemigo" se forma so-

bre la base de las asociaciones según el principio de la negación de los propios ideales y valores, de las propias convicciones. Por ejemplo, a la aparente religiosidad de la mayoría de norteamericanos se contraponen el "ateísmo soviético"; a su orientación individualista, el "colectivismo soviético", etc. Con frecuencia, por último, a la "imagen del enemigo" se atribuye aquello que en uno mismo o en la sociedad no gusta o no está de acuerdo con las propias nociones idealizadas, con la imagen de uno mismo.

La ignorancia y la falta de información constituyen, por lo general, condiciones favorables para la formación de la "imagen del enemigo". Es ilustrativo, por ejemplo, que a juzgar por los sondeos de opinión, precisamente aquellos norteamericanos que en menor grado están informados acerca de la Unión Soviética, su historia, régimen social, cultura y pueblo, son los que en mayor grado están inclinados a tener nociones negativas de ella. Desde luego, la propia información por sí misma en modo alguno asegura o garantiza la erradicación de la "imagen del enemigo". A veces ocurre lo contrario, las nuevas informaciones tan sólo refuerzan las nociones ya sólidamente formadas. Empero, una información equilibrada, multifacética y lo más completa posible siempre ha sido condición indispensable para elaborar nociones más adecuadas acerca de las otra parte.

Está ampliamente difundida; sobre todo entre los especialistas occidentales, la opinión de que la "imagen del enemigo" casi siempre es un "reflejo", es decir, es rigurosamente simétrica entre todos los potenciales enemigos, entre todos los países y pueblos. (Con frecuencia se oye hablar de analogías entre la película norteamericana Rambo y, digamos, la cinta soviética Navegación solitaria...). Pero, con todo, lo fundamental no es el mantenimiento de tipos de la vieja mentalidad en unas u otras categorías de la población y en determinadas personalidades de los diversos países, sino en qué medida y qué tipo de mentalidad domina y ejerce determinada influencia en la formación de la política de un Estado dado. Pues, una cosa es una caricatura política y,



otra, un discurso del dirigente de un Estado.

Guerra y paz

Merece particular atención la cuestión relacionada con la estrechísima interacción que existe entre la "imagen del enemigo" y la carrera armamentista. Ante todo, la carrera armamentista por sí misma es fuente de nociones y estereotipos falsos. La atmósfera de militarismo y preparación de guerra constituye un caldo de cultivo ideal para que aparezca y se refuerce la "imagen del enemigo". Esto es sobre todo característico para la carrera de armamentos nucleares, pues el "arma absoluta" requiere de un "enemigo absoluto", contra el cual pueda ser justificada su aplicación.

"Lo fundamental en la preparación ideológica para una guerra nuclear es cultivar el odio hacia el enemigo", escribe R. Falk, conocido especialista norteamericano en cuestiones internacionales. Y precisamente en la época nuclear deviene en un peligro particular la ideología de las "cruzadas" y las "guerras santas" la que se buscaba la justificación en la imagen del enemigo". Cuanto más que la propia "imagen del enemigo" estimula la carrera armamentista. Como resultado surge un círculo vicioso en el que la interacción de la carrera armamentista y la "imagen del enemigo" tienen un efecto acumulativo. Esta intervencionalidad significa que el avance por el camino del desarme es imposible sin un cambio radical en la psicología de las relaciones entre los Estados y que la erradicación de la "imagen del enemigo" es inconcebible sin el abandono de la carrera armamentista.

Por esta razón, el debilitamiento de la tensión en el mundo, la eliminación de la obsesiva "imagen del enemigo", la erradicación de la malsana hostilidad y la ampliación del espacio de confianza entre los países y los pueblos es una tarea comparable, por su importancia, con la tarea del desarme. Y este es uno de los elementos importantes de la elaboración de la nueva mentalidad política.

El paso a la nueva mentalidad es difícil, en el plano político y psicológico, para todos sin excepción, aunque, como es natural, son diferentes tanto el grado de dificultad como la magnitud y la intensidad de la resistencia. La Unión Soviética, como todos, no está asegurada contra las equivocaciones, errores de cálculo e ilusiones. De la misma manera como no tenemos la prerrogativa de poseer la verdad absoluta. Además, la nueva mentalidad política tampoco nace en un determinado lugar, sino que es producto de complejas influencias mutuas. Precisamente por esta razón, al buscar nuevos enfoques, nosotros estamos listos a adoptar todo lo útil de aquellas ideas que en el transcurso de muchos años han sido elaboradas en el marco del movimiento antibélico de otros países y promovidas por otros Estados, partidos políticos, personalidades públicas e individuos.

En esencia, se trata de la tarea fundamental de humanizar las relaciones internacionales, de sustituir la "imagen del enemigo" y plantear, como la prioridad fundamental en la política mundial, los objetivos e intereses universales que borran las barricadas ideológicas y psicológicas entre "nosotros" y "ellos". Precisamente en este contexto adquiere particular significado la lectura de una importantísima tesis leninista de enorme profundidad: acerca de la prioridad de los intereses del desarrollo social y de los valores universales sobre los intereses de una u otra clase."... Desde el punto de vis-

ta de las ideas fundamentales del marxismo, los intereses del desarrollo social están por encima de los intereses del proletariado..." (V.I. Lenin en 1899 en el trabajo "Proyecto de Programa de nuestro Partido". Esta idea de Lenin resuena de manera nueva ahora, en el siglo cósmico-nuclear, que exige de todos nosotros un nuevo enfoque al problema de la correlación de lo nacional y lo internacional, de lo clasista y lo universal.

La cuestión no radica en retornar a la vieja máxima "ama a tu enemigo", sino, ante todo, en un conocimiento y una comprensión más justos y realistas de la otra parte, de sus inquietudes y problemas reales, de sus dudas y preocupaciones. Tal comprensión no elimina las diferencias, no suprime los problemas y las contradicciones reales, pero da un nuevo punto de referencia para ver a la otra parte y a uno mismo y, con ello, coadyuva a encontrar compromisos aceptables. Pero esto, a su vez, exige una condición indispensable: decir al máximo, hasta donde sea posible, la verdad al reflejar a la otra parte y a uno mismo, dar información total y no permitir su tergiversación u ocultamiento intencionales. Con esto, la cuestión de la información total y verídica sale del marco de los problemas de los derechos del hombre y, como vemos, tiene relación directa con los problemas de la supervivencia de la humanidad, con los problemas de la guerra y la paz en la era nuclear. Y aquí es completamente necesario un movimiento que vaya al encuentro: para crear la "imagen del enemigo" son suficientes los esfuerzos de una parte, pero para librarse de ella se necesitan las acciones mancomunadas de ambas partes.

En la actualidad, quizás la dirección principal para romper la "imagen del enemigo" que el Occidente tiene de la Unión Soviética sea la de ampliar la información directa acerca de las transformaciones en nuestra sociedad. Dar a conocer a la opinión pública occidental el desarrollo de la perestroika, la transparencia y la democratización, eliminar las causas que en el pasado contribuían a la escalada de la hostilidad, todo ello puede ejercer, y ya está ejerciendo realmente, una influencia transformadora en las nociones que se tiene acerca de la URSS, de los rusos.

Y, lo último. Una condición importante para librarse de la "imagen del enemigo" es la desescalada de la retórica política, la eliminación de sus formas más ideologizadas y absolutistas. Y también algunos de nuestros esquemas y estereotipos ideológicos tradicionales deben ser puestos en correspondencia con las realidades de la época nuclear y la política práctica.

